

—Para hacer que venga aquí de cocinera, empezareis por servir al barón una comida como no habrá comido nunca—repuso;—Después le diréis que Asia ha perdido el dinero en el juego y que ha vuelto á su casa. No necesitaremos cazador: Paccard será cochero, los cocheros no abandonan su sitio donde no son nada accesibles, y el espionaje le alcanzará menos allí. La señora le hará llevar una peluca empolvada y un tricornio de fieltro galoneado; esto le cambiará; por otra parte, yo lo pintaré.

—¿Vamos á tener criados con nosotros?—dijo Asia viqueando.

—Tendremos criados honrados—respondió Carlos.

—Todos son cabezas ligeras—replicó la mulata.

—Si el barón alquila un palacio, Paccard tiene un amigo que servirá para ser portero—repuso Carlos.—No necesitaremos más que un ayuda de cámara y una ayudanta de cocina; ya podéis vigilar bien á esos dos extraños.

En el momento en que Carlos iba á salir, Paccard se presentó.

—Quédese, hay gente en la calle—dijo el cazador.

Aquella sencilla palabra hizo un efecto atroz. Carlos subió á la habitación de Europa y permaneció en ella hasta que Paccard fué á buscarle en un coche de alquiler que entró en la casa. Carlos echó las cortinillas y fué llevado con una rapidez capaz de desconcertar toda especie de persecución. Llegado al arrabal Saint-Antoine, bajó á algunos pasos de una parada de coches, adonde fué á pie, y entró en el muelle de Malaquais, evitando las miradas de los curiosos.

—Toma, hijo—le dijo á Luciano presentándole cuatrocientos billetes de mil francos,—aquí tienes algo á cuenta de la tierra de Rubempré. Vamos á exponer cien mil francos. Acaban de estrenarse los ómnibus y los parisienses van á enamorarse de esa novedad; en tres meses triplicaremos nuestros fondos. Conozco el negocio: darán dividendos soberbios tomados del capital para hacer subir las acciones. Una idea renovada de Nucingen. Rehaciendo la tierra de Rubempré, no la pagaremos toda al instante. Vas á ir á encontrar á Lupeaulx y le rogarás que te recomiende él mismo á un tal Desroches, un granuja á quien irás á ver á su estudio; le dirás que vaya á Rubempré á estudiar el terreno, y le prometerás veinte mil francos de honorarios si

consigue, comprándote por ochocientos mil francos de tierras alrededor de las ruinas del castillo, constituirte treinta mil libras de renta.

—¿Cómo vas!... ¡Adelante, tú siempre adelante!

—Sí, siempre adelante. No bromeemos. Irás á colocar cien mil escudos en bonos del Tesoro, á fin de no perder intereses; puedes dejárselos á Desroches; es tan honrado como astuto... Hecho esto, corre á Angulema y obtén de tu hermana y de tu hermano que digan por ti una pequeña mentira. Tus padres pueden decir que te han dado seiscientos mil francos para facilitar tu matrimonio con Clotilde de Grandlieu; eso no es deshonoroso.

—¡Estamos salvados!—exclamó Luciano deslumbrado.

—¡Tú, sí!—repuso Carlos—pero no lo estarás aun hasta que no salgas de Santo Tomás de Aquino casado con Clotilde.

—¿Qué temes?—dijo Luciano aparentando sumo interés.

—Hay curiosos que me siguen la pista. ¡Es preciso que tenga el aire de un verdadero sacerdote, y esto es muy fastidioso! El diablo no me protegerá ya cuando me vea con un breviario en las manos.

En aquel momento, el barón de Nucingen, que se marchaba dando el brazo á su cajero, llegó á la puerta de su palacio.

—Temo—dijo al entrar—*habeg* hecho una mala campaña... ¡Bah! ya *gacobragemos* todo esto...

—Lo malo es que el barón se ha exhibido y tendrá que gastar más.

—Sí, mi *quegida* debe ocupar una posición digna de mí—respondió aquel Luis XIV de la banca.

Seguro de poseer, tarde ó temprano, á Ester, el barón volvió á ser el gran financiero que era. Volvió á ocuparse tan bien de la dirección de sus asuntos, que su cajero, al encontrarle al día siguiente, á las seis, en su despacho, inspeccionando valores, se frotó las manos y dijo con sonrisa de alemán medio astuta, medio estúpida:

—Decididamente, el señor barón ha hecho alguna economía la noche pasada.

Si las personas ricas á la manera del barón de Nucingen tienen más ocasiones que las demás para perder dinero, tienen también más ocasiones para ganarlo, hasta cuando se entregan á locuras. Aunque la política financiera de la

famosa casa de Nucingen está explicada en otra parte, no estará de más hacer observar que si no se adquieren fortunas tan considerables, tampoco se constituyen, ni se aumentan, ni se conservan, en medio de las revoluciones comerciales, políticas é industriales de nuestra época, sin que haya inmensas pérdidas de capitales, ó, si queréis, imposiciones hechas con fortunas particulares. Se derraman muy pocos valores nuevos en el tesoro común del globo. Todo acaparamiento nuevo representa una nueva desigualdad en la repartición general. Lo que el Estado pide, lo devuelve; pero lo que una casa Nucingen toma, lo guarda. Este golpe traicionero se libra de la acción de las leyes, por la razón que hubiese hecho de Federico II un Jacobo Collin, un Mandrin, si, en vez de operar en las provincias dando batallas, hubiese trabajado en el contrabando ó en valores mobiliarios. Obligar á los Estados europeos á pedir prestado al diez ó veinte por ciento, ganar ese diez ó veinte por ciento con los capitales del público, desollar en grande las industrias apoderándose de las primeras materias, tirar una cuerda al fundador de un negocio para sostenerle fuera del agua hasta que haya sido pescada su empresa asfixiada; en fin, todas esas batallas de escudos ganados constituyen la alta política del dinero. Ciertamente que los mismos peligros corre el banquero que el conquistador; pero hay tan pocas personas en disposición de trabar semejantes combates, que los carneros no tienen nada que ver con ellos. Esas grandes cosas pasan entre pastores. Por eso, cuando los *ejecutados* (el término consagrado en el lenguaje de la Bolsa), son culpables de haber querido ganar demasiado, se toma generalmente poca parte en las desgracias causadas por las combinaciones de los Nucingen. Que un especulador se levante la tapa de los sesos, que un agente de cambio se fugue, que un notario se lleve la fortuna de cien hogares, lo cual es peor que matar un hombre, que un banquero liquide; todas esas catástrofes, olvidadas en París en unos meses, son muy pronto cubiertas por la agitación casi marina de esa gran ciudad. Las fortunas colosales de Jacobo Cœur, de los *Médici*, de los Anjo de Dieppe, de los *Auffredi* de la Rochela, de los *Fugger*, de los *Tiepolo*, de los *Corner*, fueron antaño lealmente conquistadas con privilegios debidos á la ignorancia en que estaban de las precedencias de todos los géneros preciosos; pero hoy día las claridades geográficas han penetrado tanto

en las masas, la competencia ha limitado de tal modo los provechos, que toda fortuna rápidamente hecha es ó efecto de una casualidad ó de un descubrimiento, ó el resultado de un robo legal. Pervertido por escandalosos ejemplos, el bajo comercio ha respondido, sobre todo desde hace diez años, á la perfidia de las concepciones del alto comercio, con atentados odiosos á las materias primeras. Por dondequiera que la química es practicada, no se bebe ya vino; por eso sucumbe la industria vinícola. Se vende sal falsificada para evitar la contribución del fisco. Los tribunales están asustados de esta improbidad general. Finalmente, el comercio francés es mirado con recelo por el mundo entero, é Inglaterra se desmoraliza igualmente. Nuestro mal proviene de la ley política. La carta ha proclamado el reinado del dinero; el éxito se convierte entonces en la razón suprema de una época atea. Por eso la corrupción de las esferas elevadas, á pesar de los resultados deslumbradores de oro y de sus razones especiosas, es infinitamente más odiosa que las corrupciones innobles y casi personales de las esferas inferiores, de las que algunos detalles sirven de cómico, terrible si queréis, á esta escena. Los ministerios, á quienes todo pensamiento asusta, han desterrado del teatro los elementos del cómico actual. La burguesía, menos liberal que Luis XIV, tiembla al ver aparecer el *Casamiento de Figaro*, prohíbe representar el Tartufo político, y, seguramente, que no dejaría hoy representar *Turcaret*, porque Turcaret se ha tornado soberano. Desde entonces, la comedia se cuenta, y el libro se convierte en el arma menos rápida pero más segura de los poetas.

Durante aquella mañana, en medio de las idas y venidas de las audiencias, de las órdenes dadas, de las conferencias de algunos minutos, que hacen del despacho de Nucingen una especie de sala de los Pas-Perdús financiera, uno de sus agentes de cambio le anunció la desaparición de un miembro de la compañía, uno de los más hábiles y de los más ricos, Joaquín Falleix, hermano de Martín Falleix, y sucesor de Julio Desmarets. Joaquín Falleix era el agente de cambio de la casa Nucingen. De acuerdo con Tillet y los Keller, el barón había decidido tan fríamente la ruina de aquel hombre como si se hubiese tratado de matar un cordero por Pascua.

—No podía *sostenegse*—respondió tranquilamente el barón.

Joaquín Falleix había hecho enormes servicios al agio taje. En una crisis de unos meses antes había *salvado* la plaza maniobrando con audacia. Pero pedir agradecimiento á los cancerberos, ¿no es querer enternecer en invierno á los lobos de la Urania?

—¡Pobre hombre!—respondió el agente de cambio—sospechaba tan poco ese desenlace, que había amueblado una casita para su querida en la calle Saint-George; ha gastado en ella ciento cincuenta mil francos en pinturas y en mobiliario. ¡Amaba tanto á la señora de Val-Noble!... He ahí una mujer obligada á dejar todo eso... Lo debe todo.

—Bueno, bueno—se dijo Nucingen,—ya tengo una ocasión *paga gepagag* mis *péggidas* de esta noche... ¿No hay nada pagado?—preguntó al agente de cambio.

—¿Quién es el proveedor desvergonzado que no hubiese concedido crédito á Joaquín Falleix?—respondió el agente.—Parece que hay una bodega exquisita. Entre paréntesis, la casa está en venta; él pensaba comprarla. El arrendamiento está á su nombre. ¡Qué estupidez! Vajilla, mobiliario, vinos, coche, caballos, todo va á convertirse en un valor de la masa, y ¿qué es lo que los acreedores tendrán?

—Venga usted mañana—dijo Nucingen,—habré ido á *veg* todo eso, y si no *declagan* la quiebra, que *agglegen* el asunto amigablemente; le *encaggagé* á usted que ofrezca un precio *gazonable* *pog* el *mobiliagio*, tomando el *aggendamiento*...

—Eso podrá hacerse muy bien—dijo el agente de cambio.—Vaya usted esta mañana; encontrará allí á uno de los asociados de Falleix con los proveedores que querrán crearse un privilegio; pero la señora de Val-Noble tiene las facturas á su nombre.

El barón de Nucingen envió al instante uno de sus dependientes á casa de su notario. Joaquín Falleix le había hablado de aquella casa, que valía todo lo más sesenta mil francos, y hubiese querido ser inmediatamente propietario, á fin de ejercer el privilegio á razón de los alquileres.

El cajero (¡hombre honrado!) fué á saber si su dueño perdía algo en la quiebra de Falleix.

—Al *contragio*, mi buen Volfgang, voy á *atrapag* cien mil francos.

—¿Cómo?

—¡Ah! tendré la casita que ese pobre diablo de Falleix *prevagaba* *paga* su *quegida* desde hacía un año. Obtendré el

total ofreciendo cincuenta mil francos á los *acreedoges*, y maese *Cagdot*, mi *notagio*, *gecibigá* mis *ógdenes* *paga* la casa, *pogque* el *propietagio* está *apugado*... Ya lo sabía, *pego* no *ega* dueño de mi cabeza... Dentro de poco, mi divina *Esteg* *habitagá* un palacito... Falleix me llevó á *veglo*: es una *magavilla*, y está á dos pasos de aquí... Me viene como anillo al dedo.

La quiebra de Falleix obligaba al barón á ir á la Bolsa; pero le fué imposible dejar la calle Saint-Lazare sin pasar por la calle Taitbout; sufría ya por haber estado unas horas sin ver á Ester, y hubiese querido tenerla siempre á su lado. La ganancia que pensaba obtener con los despojos de su agente de cambio le hacía muy llevadera la pérdida de los cuatrocientos mil francos. Encantado de poder anunciar á su ángel su traslado de la calle Taitbout á la de Saint-Georges, donde estaría en un palacito y donde los recuerdos no se opondrían ya á su dicha, la acera le parecía suave bajo los pies; caminaba como un joven sumido en un sueño de joven. Al dar la vuelta á la calle de los Trois-Freres, en medio de su sueño y de la acera, el barón vió que se le acercaba Europa con el rostro descompuesto.

—¿Dónde vas?—le dijo.

—¡Ay, señor! iba á su casa... ¡Tenía usted razón ayer! Ahora concibo que la pobre señora debía dejarse meter en la cárcel por algunos días. Pero ¿qué saben las mujeres de negocios?... Cuando los acreedores de la señora han sabido que había vuelto á su casa, se han echado encima como sobre una presa... Ayer, señor, á las siete de la tarde, vinieron á colocar unos horribles carteles para vender su mobiliario el sábado... Pero esto no es nada... La señora, que es todo corazón, quiso obligar á ese monstruo de hombre, ¿sabe usted?

—¿Qué monstruo?

—Aquél á quien amaba, ese Estourny; ¡oh! era encantador. Jugaba, eso es todo.

—Jugaba con *cagtas* *prepagadas*...

—¿Y usted?—dijo Europa—¿qué hace usted en la Bolsa? Pero déjeme decirle. Un día, para impedir que Jorge se levantara la tapa de los sesos, puso en el Monte de Piedad toda su vajilla de plata y todas sus alhajas, que no estaban pagadas. Al saber que *había dado algo* á un acreedor, han venido todos á armarle un escándalo. La amenazaron con la cárcel. ¿No hace poner de punta los cabellos de una pe-

luca el pensar que ese ángel puede sentarse en un banco de esos?... Ella se deshace en lágrimas; habla de arrojarle al río... ¡Oh! ¡lo hará!

—Si voy á *vegos* ¡adiós la Bolsa!—exclamó Nucingen.—Y es imposible que deje de *ig pogque ganagé* algo *paga* ella... Vete á *calmagla*: *pagagé* sus deudas; *igé á vegla* á las cuatro. *Pego*, Eugenia, dile que me ame un poco...

—¿Cómo un poco? ¡mucho!... Mire, señor, no hay nada como la generosidad para conquistar el corazón de las mujeres. Ciertamente que hubiese usted economizado un centenar de miles de francos dejándola ir á la cárcel; pero, nunca hubiese sido usted dueño de su corazón... Ella me lo decía: «Eugenia, ha estado muy grande, muy generoso... Es un alma hermosa».

—¿Ella ha dicho eso, Eugenia?—exclamó el barón.

—Sí señor, á mi misma.

—Toma, aquí tienes diez luises.

—Gracias, señor... Pero llora en este momento, llora desde ayer tanto como ha llorado santa Magdalena durante un mes... Aquella que usted ama está desesperada, y por deudas que no son suyas. ¡Oh! ¡los hombres! explotan á las mujeres tanto como las mujeres explotan á los viejos...

—Todas son iguales... ¡*Empeñágs!*... ¡Eh! uno no debe *empeñarse* nunca... Que no *figme* nada más... *Pagagé*; *pego* si ella *figma* alguna otra cosa... yo...

—¿Qué haría usted?—dijo Europa encarándosele.

—¡Dios mío! no tengo ningún *podeg* sobre ella... Voy á *ponegme* á la cabeza de sus negocios... Vete, vete á *consolagla* y á *decigle* que dentro de un mes *habitagá* un palacito.

—Ha hecho usted préstamos con gran interés sobre el corazón de una mujer, señor barón. Mire, le encuentro rejuvenecido, yo que no soy más que la camarera, y he visto con frecuencia ese fenómeno... es la felicidad... La felicidad tiene cierto reflejo... Si ha hecho usted algunos desembolsos, no los sienta... ya verá que eso produce... Primero, le he dicho á la señora que sería la última de las últimas, *una arrastrada*, si no le amase á usted, pues usted la sacó de un infierno... Una vez no tenga ya preocupaciones, la convencerá usted. Entre nosotros, puedo confesárselo, la noche que lloraba tanto... ¿qué quiere usted? una se interesa por la estimación de un hombre que va á mantenerla... ella no se atrevía á decirle todo esto... quería escaparse...

—¡*Escapágs!*—exclamó el barón asustado ante aquella idea.—¡*Pego* la Bolsa! ¡la Bolsa! Anda, vete, yo no entro. *Pego* que la vea á la ventana... su vista me *animagé*...

Ester sonrió al señor de Nucingen cuando éste pasó por delante de su casa. El banquero se fué pausadamente diciéndose:

—Es un angelito.

He aquí cómo se las había arreglado Europa para obtener aquel resultado imposible. A eso de las dos y media, Ester había acabado de vestirse como cuando esperaba á Luciano, y estaba deliciosa; al verla de aquel modo, Prudencia le dijo mirando por la ventana:

—¡Ya está aquí el señor!

La pobre joven se precipitó creyendo ver á Luciano, y vió á Nucingen.

—¡Oh! ¡qué daño me haces!—le dijo.

—No había más medio que ese para hacerle fingir que presta atención á un pobre anciano que va á pagar sus deudas—respondió Europa,—porque al fin van á ser pagadas todas.

—¿Qué deudas?—exclamó aquella criatura que no pensaba más que en retener su amor al que unas manos horribles querían dar alas.

—Las que el señor Carlos ha hecho contraer á la señora.

—¡Cómo! ¡ya van cerca de cuatrocientos cincuenta mil francos!... exclamó Ester.

—Aun debe usted ciento cincuenta mil; pero el barón ya se ha hecho cargo de ello. Va á sacarla de aquí para ponerla en un *palacito*... ¡A fe! ¡no es usted desgraciada! En su lugar, toda vez que tiene cogido á ese hombre, una vez que esté ya pagado Carlos, haría que me diese una casa y rentas. La señora es seguramente la mujer más hermosa y atractiva que he visto, ¡pero la fealdad viene tan pronto! yo he sido fresca y hermosa, y mire cómo estoy. Tengo veintitrés años, casi la edad de la señora, y parezco diez años más vieja. Una enfermedad basta... Pues bien, cuando se tiene una casa en París y rentas, una no teme morir en la calle.

Ester no escuchaba ya á Europa-Eugenia-Prudencia Servien. La voluntad de un hombre dotado del genio de la corrupción había sumido en el lodo á Ester con la misma fuerza que había empleado para sacarla de él. Los que co-

nocen lo infinito del amor, saben que no se saborean sus placeres sin aceptar sus virtudes. Desde la escena en su tugurio de la calle de la Anglade, Ester había olvidado completamente su vida antigua; había vivido siempre muy virtuosamente, parapetada en su pasión. Así pues, para no encontrar obstáculos, el sabio corruptor tenía el talento de prepararlo todo de manera que la pobre joven, llevada de su abnegación, no tuviese más que dar su consentimiento á bribonadas consumadas ó á punto de consumarse. Revelando la superioridad de aquel corruptor, esta astucia explica el procedimiento por el cual había sometido á Luciano. Crear necesidades terribles, abrir la mina, llenarla de pólvora, y en el momento crítico, decir al cómplice: «Haz una señal con la cabeza, y todo salta». Antaño, Ester, imbuida por la moral particular de las cortesanas, encontraba todas aquellas gentilezas tan naturales, que no estimaba á sus rivales más que por lo que hacían gastar á un hombre. Las fortunas destruidas son los galones de esas criaturas. Carlos, contando con los recuerdos de Ester, no se había engañado. Estas astucias de guerra, esas estratagemas mil veces empleadas, no sólo por esas mujeres, sino hasta por los disipadores, no turbaban la imaginación de Ester. La pobre joven sólo sentía su degradación. Amaba á Luciano y se convertía en la querida oficial del barón de Nucingen: todo estaba en esto para ella. Que el falso español tomase el dinero de las arras; que Luciano elevase el edificio de su fortuna con las piedras de la tumba de Ester; que una sola noche de placer costase más ó menos billetes de mil francos al viejo banquero; que Europa sustrajese algunos centenares de miles de francos por medios más ó menos ingeniosos, nada de todo eso ocupaba á aquella joven enamorada. Pero he aquí el cáncer que roía su corazón: se había visto durante cinco años blanca como un ángel; amaba, era feliz y no había cometido la menor infidelidad. Aquel amor puro iba á ser manchado. Su imaginación no oponía el contraste de su hermosa vida desconocida á su inmundicia futura. Esto no era en ella ni cálculo ni poesía; experimentaba un sentimiento indefinible de un poder infinito: de blanca se tornaba negra; de pura, impura; de noble, innoble. Armiño por su propia voluntad, la mancha moral no le parecía soportable. Por eso, cuando el barón la amenazó con su amor, la idea de arrojarle por la ventana acudió á su mente.

Finalmente, Luciano era amado absolutamente, como es extremadamente raro que las mujeres amen á un hombre. Las mujeres que dicen que aman, que con frecuencia creen ser las que aman más, bailan y coquetean con otros hombres; se adornan para el mundo y van á buscar á él su cosecha de miradas codiciosas; pero Ester había cumplido, sin que hubiese en ello sacrificio, los milagros del verdadero amor. Había amado á Luciano durante seis años como aman las actrices ó las cortesanas que, sumidas en el fango y en las impurezas, tienen sed de noblezas, de las abnegaciones del verdadero amor, y que practican entonces la *exclusividad* (¿no es preciso crear una palabra para emitir una idea tan poco puesta en práctica?). Las naciones desaparecidas, Grecia, Roma y el Oriente, han secuestrado siempre á la mujer; la mujer que ama debería secuestrarse ella misma. Se concibe, pues, que al salir del palacio fantástico donde aquella fiesta, aquel poema se había cumplido, para entrar en el *palacito* de un frío anciano, Ester fuese atacada de una especie de enfermedad moral. Empujada por una mano de hierro, se vió cubierta de infamia hasta la mitad del cuerpo antes de que pudiera reflexionar; pero hacía ya dos días que reflexionaba y sentía un peso mortal en el corazón.

Al oír aquellas palabras: «morir en la calle», se levantó bruscamente y dijo:

—¿Morir en la calle? no, antes morir en el Sena.

—¿En el Sena? ¿Y el señor Luciano?...—dijo Europa.

Aquella sola palabra hizo que Ester se sentase en el sillón, donde permaneció con los ojos fijos en una rosa de la alfombra y con la fragua del cráneo absorbiendo los lloros. A las cuatro, Nucingen encontró á su ángel sumido en aquel océano de reflexiones y de resoluciones en el cual flotan las imaginaciones femeninas y del que salen con palabras incomprensibles para los que no se han visto en situación análoga.

—Desagüete su frente... *hegmosa* mía—le dijo el barón sentándose á su lado.—Ya no tendrá usted deudas... yo me *entendegué* con Eugenia, y dentro de un mes *dejagá* esta habitación *paga entrag* en un palacito... ¡Oh! ¡qué mano tan bonita! Deme que la bese. (Ester dejó que le cogiese la mano como el perro que da la pata). ¡Ah! da usted la mano, *pego* no el *cogazón*... y es el *cogazón* lo que yo *quiego*.

Esto fué dicho con un acento tan sincero, que la pobre Ester fijó la vista en aquel anciano con una expresión de piedad tal, que lo volvió casi loco. Los enamorados, lo mismo que los mártires, se sienten hermanos en el suplicio. Nada en el mundo se comprende mejor que dos dolores semejantes.

—¡Pobre hombre!—dijo ella—¡me ama!

Al oír aquella frase cuyo sentido le engañó, el barón palideció, la sangre hirvió en sus venas, respiraba el aire del cielo. A su edad, los millonarios pagan una sensación semejante con tanto oro como la mujer le pide.

—La amo á usted como á mi hija—le dijo,—y siento aquí—añadió poniéndose una mano en el corazón—que no la *quiego veg* de otra *manega* más que feliz.

—Si usted quisiese no ser más que mi padre, le amaría mucho, no le abandonaría nunca, y se daría cuenta de que no soy una mujer mala, ni servil, ni interesada, como parezco en este momento.

—Ha hecho usted algunas *locugas*—repuso el barón,—como todas las *mujegues* bonitas, y nada más. No hablemos más de ello. Nuestro oficio es *ganag dneg*o *paga* ustedes... Sea feliz: *quiego seg* su padre *dugante* algunos días, pues comprendo que es *necesaguio* que se acostumbre á mi pobre *cogazón*.

—¿De veras?—exclamó levantándose, saltando á las rodillas de Nucingen, pasándole los brazos alrededor del cuello y abrazándose á él.

—De *vegas*—respondió, tratando de hacer sonreír á su rostro.

Ester le besó en la frente al creer en una transacción imposible: permanecer pura y ver á Luciano... Acarició tan bien al banquero, que la *Torpedo* reapareció. Hechizó al anciano, el cual prometió permanecer padre durante cuarenta días. Estos cuarenta días eran necesarios para la adquisición y arreglo de la casa de la calle Saint-Georges. Una vez en la calle, y al volver á su casa, el anciano se decía:

—¡Soy un zamacuco!

En efecto, si se tornaba niño en presencia de Ester, lejos de ella recobraba su piel de cancerbero, absolutamente lo mismo que el jugador se enamora de Angélica cuando ya no tiene un céntimo.

—Medio millón, y no *sabeg* aun cómo tiene la *piegna*, es *seg* algo bestia; *pego* felizmente nadie sabrá nada—decía veinte días después.

Y tomaba hermosas resoluciones, para terminar con una mujer que le había costado tan cara; después, cuando se encontraba en presencia de Ester, se pasaba en reparar la brutalidad de su llegada todo el tiempo que ella le concedía.

—No puedo—le decía al cabo de un mes,—no puedo *seg* el padre *etegno*.

Hacia últimos del mes de diciembre de 1829, la víspera de instalar á Ester en el palacito de la calle Saint-Georges, el barón rogó á Tillet que condujese allí á Florina á fin de ver si todo estaba en armonía con la fortuna de Nucingen, si aquellas palabras *un palacito* habían sido realizadas por los artistas encargados de hacer aquella jaula digna del pájaro. Todas las invenciones halladas por el lujo antes de la revolución de 1830 hacían de aquella casa el tipo del buen gusto. El arquitecto Grindot había visto en ella la obra maestra de su talento de decorador. La escalera rehecha de mármol, los estucados, las telas, los dorados sobriamente aplicados, lo mismo los pequeños detalles que los grandes sobrepujaban á todo lo que el siglo de Luis XV ha dejado en aquel género en París.

—He aquí un sueño: ¡eso y la virtud!—dijo Florina sonriendo.—¿Y por quién hace usted todos esos gastos?—le preguntó á Nucingen.—¿Es alguna virgen que se ha dejado caer del cielo?

—Es una *mujeg* que le lleva á uno á él—respondió el barón.

—Es una manera de colocarte á lo Júpiter—replicó la actriz.—¿Y cuándo la veremos?

—¡Oh! ¡el día que estrenen la casa!—exclamó Tillet.

—Hasta entonces—dijo el barón.

—Será preciso cepillarse, arreglarse y adamascarse mucho—repuso Florina.—¡Oh! esa noche las mujeres darán muchos quebraderos de cabeza á sus modistos y á sus peluqueros. Y ¿cuándo?

—No soy el dueño.

—¡Eso es una mujer!...—exclamó Florina.—¡Oh! ¡qué ganas tengo de verla!...

—Yo también—repuso cándidamente el barón.

—¡Cómo! ¿la casa, la mujer, los muebles, todo será nuevo?

—Hasta el banquero—dijo Tillet,—pues mi amigo me parece muy joven.

—Pero necesitará recobrar sus veinte años, al menos por un instante—dijo Florina.

En los primeros días de 1830, todo el mundo hablaba en París de la pasión del barón de Nucingen y del lujo desenfrenado de su casa. El pobre barón, puesto en evidencia y burlado, llevado de una rabia fácil de comprender, concibió un querer de financiero de acuerdo con la furiosa pasión que sentía en el corazón. Deseaba, al mismo tiempo que estrenaba el palacio, colgar también el vestido de padre noble y cobrar el precio de tantos sacrificios. Derrotado siempre por la Torpedo, se resolvió á tratar el asunto de su matrimonio por correspondencia, á fin de obtener de Ester un compromiso quirografario. Los banqueros sólo creen en las letras de cambio. Así pues, el cancerbero se levantó muy temprano uno de los primeros días de aquel año, se encerró en su despacho y se puso á componer la carta siguiente, escrita en buen francés: pues, si lo pronunciaba mal, lo ortografiaba muy bien.

«Querida Ester, flor de mis pensamientos y única felicidad de mi vida: Cuando le dije que la amaba como amo á mi hija, la engañaba y me engañaba yo mismo. Únicamente quería explicarle así la santidad de mis sentimientos, que no se parecen á ninguno de los que los hombres han experimentado, primero porque soy un anciano, y después porque no había amado nunca. La amo á usted tanto, que si me costase mi fortuna, no por eso la amaría menos. Sea usted justa: la mayor parte de los hombres no habrían visto, como yo, un ángel en usted: nunca he dirigido la vista á su pasado. La amo á la vez como amo á mi hija Augusta, que es mi única hija, y como amaría á mi mujer si mi mujer hubiese podido amarme. Si la felicidad es la única obsesión de un anciano enamorado, pregunte usted si no represento un papel ridículo. He hecho de usted el consuelo, la alegría de mi vejez. Ya sabe usted que hasta mi muerte será tan feliz como una mujer pueda serlo, y ya sabe usted también que después de mi muerte será tan rica, que su suerte causará envidia á muchas mujeres. En

» todos los negocios que hago desde que tuve la dicha de hablarle, su parte se separa, y tiene usted una cuenta en la casa Nucingen. Dentro de algunos días, entrará usted en un palacio que, tarde ó temprano, será suyo, si le gusta. » Vamos, ¿recibirá usted aun á su padre al recibirme, ó será al fin dichoso?...

» Dispénsese que le escriba tan crudamente; pero cuando estoy á su lado, no tengo valor, y comprendo demasiado que es usted mi dueña. No tengo intención de ofenderla, quiero únicamente decirle lo que sufro y lo cruel que es á mi edad esperar, cuando cada día me quita esperanzas y placeres. La delicadeza de mi conducta es, por otra parte, una garantía de la sinceridad de mis intenciones. ¿He obrado nunca como un acreedor? Es usted como una ciudadela, y yo no soy ningún joven. Responde usted á mis quejas que se trata de su vida, y me lo hace usted creer cuando la escucho; pero aquí caigo en negras penas, en dudas que nos deshonran á uno y á otro. Me ha parecido usted tan buena como cándida y hermosa; pero se entretiene usted en destruir mis convicciones. Juzgue usted: me dice que tiene usted una pasión en el corazón, una pasión despiadada, y se niega á confiarme el nombre de ese á quien ama... ¿Es esto natural? Ha hecho usted de un hombre bastante fuerte un hombre de una debilidad inaudita... ¿Ve usted adónde he llegado? me veo obligado á preguntarle qué porvenir reserva á mi pasión después de cinco meses. Aun debo saber qué papel representaré en la inauguración de su palacio. El dinero no es nada para mí cuando se trata de usted, y no cometeré la estupidez de hacer pasar á sus ojos por un mérito esta preferencia natural; pero si mi amor no tiene límites, mi fortuna es limitada, y no le tengo apego más que por usted. Pues bien, si dándole todo lo que poseo pudiese obtener su afecto, preferiría ser pobre y amado por usted, que rico y desdenado. Me ha cambiado usted tanto, mi querida Ester, que nadie me conoce ya: he pagado diez mil francos por un cuadro de José Bidaeu, porque usted me ha dicho que era un hombre de talento y desconocido. En fin, doy á todos los pobres que encuentro cinco francos en su nombre. Y después de esto, ¿qué pide el pobre anciano que se considera su deudor cuando le hace usted el honor de aceptar cualquier cosa?... sólo pide una esperanza, ¡y qué

«esperanza, gran Dios! ¿No obedecerá el crecimiento de mi pasión á la certeza de no poseerla nunca? Pero el fuego de mi pasión secundará sus crueles engaños. Me ve usted dispuesto á aceptar todas las condiciones que ponga á mi dicha, á mis raros placeres; pero, al menos, dígame que el día en que tomará usted posesión de su casa, aceptará el corazón y la servidumbre del que se dice, por el resto de su días,

»Su esclavo,

»FEDERICO DE NUCINGEN.»

—¡Ya me está fastidiando ese puchero de millones!— exclamó Ester tornándose libertina.

Y cogiendo un pliego de papel, escribió en gruesos caracteres la celebrada frase, convertida en proverbio para gloria de Scribe: *Tome usted mi oso*. Un cuarto de hora después, arrepentida, Ester escribió la siguiente carta:

«No dé usted importancia á la carta que ha recibido de mí. En aquel momento sentí renacer la locura de mi juventud; perdónele, pues, señor, á una pobre joven que debe ser una esclava. Nunca he sentido tanto la bajeza de mi condición como el día que fué entregada á usted. Ha pagado usted, y me debo. No hay nada más sagrado que las deudas de deshonor. No tengo derecho á liquidar arrojándome al Sena. Se puede pagar siempre una deuda de esa horrible moneda, que no tiene más que un lado bueno: me encontrará usted, pues, á sus órdenes. Quiero pagar en una noche todas las sumas que tienen hipotecado ese fatal momento, y tengo la certeza que una hora mía vale millones, con tanto mayor motivo cuánto que será la única, la última. Después, estaré en paz, y podré salir de la vida. Una mujer honrada tiene probabilidades de levantarse de una caída; pero nosotras caemos demasiado bajo. Así pues, mi resolución es tan firme, que le ruego guarde esta carta como testimonio de la causa de la muerte de la que se dice por un día,

»Su servidora,

»ESTER.»

Una vez enviada esta carta, Ester tuvo un pesar. Diez minutos después, escribió la tercera carta siguiente:

«Dispéñseme, querido barón, soy aun yo. No he querido ni burlarme de usted ni lastimarle; quiero únicamente hacerle reflexionar acerca de lo siguiente: si seguimos juntos en nuestras relaciones de padre é hija, gozará usted un placer pequeño, pero duradero; si exige usted la ejecución del contrato, me llorará. No quiero molestarle más: el día que escoja usted el placer en lugar de la felicidad, será el último para mí.

»Su hija,

»ESTER.»

Al leer la primera carta, el barón se vió acometido de una de esas rabias frías que pueden matar á los millonarios, se miró en el espejo y llamó.

—¡Un baño de pies!...—gritó á su nuevo ayuda de cámara.

Mientras tomaba el baño de pies, llegó la segunda carta, la leyó, y cayó sin conocimiento. Llevaron al millonario á su cama. Cuando el financiero volvió en sí, la señora de Nucingen, sentada al pie de la cama, le dijo:

—¡Esa joven tiene razón! ¿por qué quiere usted comprar el amor?... ¿se vende eso en la plaza? Enséñeme su carta.

El barón le dió los diversos borradores que había hecho, y la señora de Nucingen los leyó sonriendo. La tercera carta llegó.

—¡Es una joven extraordinaria!—exclamó la baronesa después de haber leído aquella última carta.

—¿Qué hago, señora?—preguntó el barón á su mujer.

—Esperar.

—¡Espégag!—repuso—la *natugaleza* es despiadada...

—Mire, querido mío—dijo la baronesa,—ha acabado usted por ser excelente para mí, y quiero darle un buen consejo.

—Es usted una buena mujer...—dijo el barón.—Contraiga deudas, que yo las pago.

—Lo que le ha sucedido al recibir las cartas de esa joven conmueve más á una mujer que los millones gastados, ó que todas las cartas, por hermosas que sean; procure que ella lo sepa indirectamente, y tal vez la logre usted... no tenga ningún escrúpulo, que ella no se morirá por esto—dijo mirando de pies á cabeza á su marido.

La señora de Nucingen desconocía completamente la *natugaleza prostituta*.